

Porque yo, frágil flor, y él, rey liviano,
Receló y me previne... y no fué en vano.
Una noche... espesísimas cortinas
De tinieblas velaban tierra y cielo,
Tendióme el rey la mano: el aura errante
Inclinó á mi rival hácia adelante:
No halló espinas el rey, y con anhelo
De la traidora flor gozó ignorante.

Rod. ¡Ah!
Flor. Y al siguiente día audaz, risueño,
Confiado, mis hojas purpurinas
Vino á besar con amoroso empeño;
Yo, agena á la traicion hecha en mi sueño,
Cerréme, y di á sus labios mis espinas.
Indigné al rey galan mi fantasía,
Y viendo que de noche flor liviana
A su liviano amor correspondía,
Desairándole hipócrita de día,
Me deshojó á la fuerza una mañana.

Rod. ¡Ah! comprendo, infeliz, tu horrenda historia.
Flor. ¡Imposible!
Rod. Recobra tu memoria,
De tí las nieblas del delirio aparta;
Respóndeme... Una noche á tu aposento
Fué el rey tras el perfume de una carta.

Flor. No era mía.
Rod. En la sombra el suave aliento
Sintió de una mujer.
Flor. El mio no era.
Rod. Su mano halló otra mano.
Flor. No era mía.
Rod. ¿Cuál era, pues, la flor que el rey cogía?
Flor. La que el aura inclinó porque él la asiera.
Rod. ¿Cuál la que deshojó con mano fiera?
Flor. La que en su cáliz virginal dormía.
Rod. ¡Ah! de una vez tus pensamientos fija;
Tú la inocente flor, ¿quién fué la rea?
Flor. De su tallo nació. (Con misterio.)
Rod. ¡Maldita sea!
Flor. ¡Es mi madre! (Con espanto.)
Rod. De tigres eres hija.
Flor. Y tú que la maldices, tú ¿quién eres?
Rod. ¿Quién he de ser, sino quien fué contigo
De su generacion plaga y castigo?
Flor. ¡Tú...!
Rod. Mirame.
Flor. ¿Eres tú?
Rod. Mira, te digo.
Flor. ¡Tú... el rey infamador de las mujeres?

Rod. ¡Tú Florinda infeliz!
Flor. ¡Tú Don Rodrigo! (Pausa.)
Mi alma se va... la vida me abandona.
Sí: de nuevo la luz brilla en mi mente;
Recuerdo... reconozco... me perdona
Sin duda Dios.

Rod. (Acercándose.) Florinda.
Flor. (Rechazándole.) ¡Atras! detente.
Yo no soy la mujer que hundió tu trono;
Yo soy mi sombra, que pasó á tu lado
Al volver á su tumba, solamente
Para decirte: "¡adios, rey desdichado!
Yo, de tu crimen víctima inocente,
Blanco seré de universal encono
Y execeracion de la futura gente;
Mas el juicio de Dios tengo en mi abono."

Rod. ¡Florinda!
Flor. Aparta... tentador... el alma
Se separa del cuerpo... dulcemente
La tierra huye de mí... yo la abandono
Sin pesar... siento en mí la dulce calma,
La paz, la sombra del sepulcro...

Rod. ¡Ah!
Flor. ¡Tente!
¡Hasta la eternidad! Yo te perdono. (Cae.)
(Asoma Theudia.)

Rod. No hay perdón para mí; yo le rechazo.
¡Tierra de maldicion, libre muy presto
Vas á verte de mí!

ESCENA VII.

DON RODRIGO, THEUDIA, FLORINDA. (MUERTA.)

Theud. Señor, ¿qué es esto?
Rod. Es que el rayo de Dios de herirme acaba;
Que mi vida fatal llegó á su plazo.

Theud. ¡Una mujer!
Rod. Mi sombra: esa es la Cava.
Theud. ¡Cielo! ¿Mas dónde vais?
Rod. A la montaña.

Theud. ¿A qué?
Rod. A buscar en el sepulcro abrigo,
Del odio universal contra la saña.

Theud. Esperadme, señor.
Rod. (Desde la puerta.) Nadie conmigo:
Solo en la culpa, solo en el castigo:
La maldicion del cielo me acompaña.
(Cierra la puerta de golpe.)



EL ECO DEL TORRENTE.

DRAMA EN TRES ACTOS.

A DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI,

EN PRENDA DE

FRANCA Y LEAL AMISTAD.

José Zorrilla.

MADRID, 22 de Enero de 1842.

PERSONAS.

GARCÍ-FERNÁNDEZ, conde de Castilla.
LA CONDESA ARGENTINA.
ZELINA, esclava mora.
LOTARIO, señor de Roquefort.
GENARO, escudero de Lotario.

GINES.
HASSAN, esclavo moro.
EGIDO, caballero castellano.
UN PÁGE.
DAMAS, ESCLAVAS Y CABALLEROS.

Siglo X.— Año

ACTO PRIMERO.

Aposento de la condesa Argentina. Decoracion cerrada con balcon en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina sentada en un almohadon despierta al ruido de la puerta de la derecha por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA.

ZELINDA, ARGENTINA.

Zel. ¡Maldito quien á deshora
Viene mi sueño á turbar!
Ni aun el placer de soñar
Logrará la pobre mora.

Arg. (entrando). ¡Esclava!
Zel. (ap). ¡Cuánta altivez!
Arg. Tarda has andado en abrir.
¡No me sentiste venir?
¿Tal vez dormias?

Zel. Tal vez.
Tres noches pasé velando
Del conde á la cabecera,
¿Qué extraño es que me rindiera
El sueño?

Arg. Siempre aguardando
A tu señora te rinde.

Zel. Descansa el ánima inerme
De la esclava cuando duerme,
Que no hay placer que la brinde
Tranquilamente á velar,
Sabiendo que mientras viva,
Solo gozará cautiva
El bien que logre soñar.

Arg. Importunas, mora, son
Tus quejas, á lo que creo.

Zel. Que no las siente ya veo
Vuestro feliz corazón.

Arg. ¡Feliz le llamas?
Zel. ¡Pues no!
¿Qué deseo le acosara
Que al punto no le lograra?

Arg. Mas feliz eres que yo,
Zelinda, que aunque es verdad
Que vives cautiva aquí,
¿Seria en tu patria, di,
Mas franca tu libertad?
Encerrada tu hermosura
En el harem de un señor,
El alcázar de tu amor
Fuera á par tu sepultura.

Zel. De mandar á obedecer
Va grande trecho, señora.

Arg. Esclava es siempre una mora
Desde que acierta á nacer.
Infel y altivo su esposo,
Su amor con varias divide,
Y amor en su esposa pide
Como absoluto, zeloso.

Zel. Mas con placer se obedece
De quien se ama el capricho.

Arg. Está, mora, muy bien dicho;
Pero es cuando él lo merece;
Porque es muy duro tormento
Mentir fortuna y amor,
Dentro del alma el dolor
Y en el semblante el contento;
Es muy terrible guardar
Un pensamiento escondido,
En el corazon nacido,
Sin poderle de él echar.
Vivir de noche y de dia
Velando la oculta idea
Para que nadie la vea
Ni la entienda quien la espia.
¡Ah! tú no comprendes eso.

Zel. ¿Plugiera á Alá fuera así!
Pero yo arrastro ¡ay de mí!
Tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afán mayor
Ocultarle me interesa,
Mas el secreto me pesa,
Es mas íntimo el dolor.
Vos en el vuestro á lo menos
Teneis quien os lo consuele:
El mio á nadie le duele,
Que á todos les son ajenos
De un esclavo los pesares.

Arg. ¿Qué vale mi libertad
Si es ella sola, en verdad,
La causa de mis azares?
Vosotros que en vuestro dueño
Podeis mirar un verdugo,
De sacudir vuestro yugo
Hora buscais con empeño.
Yo soy tu ama, te digo,
Y tú al caer á mis piés,
Con ira secreta ves
En tu señor tu enemigo.
A mí, condesa me llaman,
Y dánme el mas alto puesto;
¿Mas quién sabe si detesto
A los mismos que me aclaman
Su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran deslíz

Tenerme á mí por feliz
A par de una esclava mora.

Zel. Mas podeis tener amigos
O buscarlos; pero yo . . .

Arg. ¿Amigos has dicho? . . . No;
Fuera de mi mal testigos.

Zel. Teneis un esposo noble,
Galan, amante y discreto,
Con quien partir un secreto
Que os agobia.

Arg. Y fuera doble
Mi pesar, fuera el postrero
Sin duda, Zelina, y fuera
Hacer de una ruin quimera
Un verdugo verdadero.
No, no, jamas: si algun dia
De mi corazon le echara,
A él solo se le ocultara.

Zel. ¿Acaso le ofenderia?

Arg. Necia de tí, ¿no conoces
La razon de mis enojos,
Cuando pregonan mis ojos
Lo que no dicen mis voces?
¿No ves que al llorar la calma
De mi corazon perdida,
Guardo en secreto escondida
Mi desventura en el alma?

Zel. ¿Callad! sus secretos son
Mientra en suspiros los lanza,
Faros de dulce esperanza
Que alumbran al corazon.
Mas si en la lengua atrevida
A palabras se reducen,
Son áspides que introducen
Su ponzoña en nuestra vida.

Arg. Si, por Dios.

Zel. Señora, quedo
El secreto que guardais
Callad, no me le digais,
Pues pagárosle no puedo.

Arg. ¿Pagarle!

Zel. Pagarle, sí,
Con el mio, mas es tal,
Que el vuestro es menos fatal
Que el que me acongoja á mí.

Arg. Esclava; ¿qué desvarío
Te asalta? ¿con cuál objeto
Uno por otro secreto
Mides? ¿Te dije yo el mio?

Zel. ¿Y mis sentidos cegados
Por ventura están? Mis ojos
¿No ven de vuestros enojos
Los arcanos tan guardados?
Quien al pié de vuestro lecho
Os vela vuestro dormir,
¿No se podrá introducir
Con astucia en vuestro pecho?

Arg. ¿Traidora!

Zel. No es la traicion
Obra mia; es vuestro el dolo,
Vuestro labio fué el que solo
Vendió á vuestro corazon.
El fué quien en vuestro sueño

Pronunció el oculto nombre,
Y no era el que lleva el hombre
De cuyo honor sois el dueño.
No: en la alcoba solitaria,
Con amorosa porfia
Le invocábais, y yo oia
La recóndita plegaria.
Llorábais ¡ah! y yo tambien,
Sí, con llanto abrasador;
Vos, vuestro perdido amor,
Y yo mi imposible bien.

Arg. ¡Oh! te dolias de mí;
De mis pesares testigo
Los lamentabas conmigo.

Zel. Recordé los mios, sí,
Que es uno mismo el objeto
De nuestros males, señora,
Y el corazon de la mora
Guarda tambien un secreto.

Arg. ¿Tú amas?

Zel. ¿Con cuánto ardor!
Mas si el aire sorprendiera
Mi secreto, aun de él temiera
Que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre tambien,
Mas el nombre del que adoro
Escondo como un tesoro.
Mi corazon es mi haren.
Aquí sin cesar le llevo
Indeleble, solitario,
Fanal de oculto santuario
A cuya luz no me atrevo.

Arg. Dichosa tú que conoces
A quien amas, y le ves.

Zel. ¿Vuestro amor! . . .

Arg. Solamente es
El son de mis tristes voces.
Le amé y me adoró algun dia . . .
Mas me olvido de quién soy,
Y de quién eres me olvido;
Esclava, lo que has oido
Olvidalo tú desde hoy.
¿Qué me importan tus secretos
Ni tus necios desvaríos?
¿Te he confiado yo los mios?
Si los sabes . . .

Zel. Bien sujetos
Los tengo en mi corazon,
Y no se me escaparán.

Arg. Silencio, pues, de tu afán
No pregunto la razon.
Tus cantares me agradaron,
Y entre ciento te elegí
Para entretenerme á mí,
Aunque mil te desearon.
Tu oficio es solo cantar,
De inclinaciones desnuda;
¿Lo oyes? sorda, ciega y muda
Has de ser si has de medrar.
Y en tu memoria altanera,
Con cifra indeleble graba
Que te tengo por esclava,
Pero no por consejera.

Zel. (Dadme paciencia, Señor,
Para sufrir su altivez.)
Arg. Silencio, pues, otra vez,
O tiembla de mi furor.
(Vásc Zelina á una seña de Argentina.)

ESCENA II.

ARGENTINA, SOLA.

¡Sorprendió mi amor antiguo
Mas lo callará prudente!
Ademas, que aunque lo cuente,
En dédalo tan ambiguo
Meterá á quien se lo escuche,
Que sin hilo conductor
Jamás saldrá del error
Con que alucinado luce.
Mas ¡ay de mí! ¿qué recelo,
Si yo misma al cabo ignoro
La existencia del que adoro
Y el signo que le dió el cielo?
Al conde podrá decir
Lo que ella me oyó soñar,
¿Mas á otro no pude amar
Antes de á Burgos venir?
¿Qué hay que reprocharme en esto?
Ha un año que estoy casada,
Y de él no he sabido nada
Ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto, pero ¿y qué?
Si olvidarle no he podido,
¿La culpa de quién ha sido?
¿Por voluntad me case?
Y si jamas le ofendí,
¿De qué se podrá quejar?
¿De que no le puedo amar?
Quéjese de él, no de mí.
(Abre la ventana y dice asomándose)

La noche lóbrega cierra,
No brilla estrella ninguna,
Y encapotada la luna
Alumbra á trozos la tierra.
Quién ¡ay! de mi dulce Francia
Sobre sus rayos pudiera
Al soplo de una hechicera
Cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina
Torpe ilusion, ó el espacio
Del jardin de este palacio
Cruza un hombre y se avecina.
¿Quién pudo á tal hora entrar
En los jardines? Se pára . . .
Conmigo acaso se encara . . .
¿Qué busca en este lugar?
Mas hace seña . . . no entiendo
Lo que pretende . . . se aparta
(Se oye caer en la escena un objeto entrando
por el balcon.)

¿Pero qué es esto? Una carta.
¿Cielo santo! ¿qué estoy viendo?
(Lee.) "Aunque parezca arrogancia
"Pedir de vos una audiencia,

“La aguarda con impaciencia
 “Un peregrino de Francia.”
 ¡Sueño, Dios mio! es su letra,
 Es él, es él; me lo angura
 Mi corazon, que en la oscura
 Sombra hasta el suyo penetra.
 ¡Mas cómo traerle aquí
 Sin que nadie le perciba?
 Fiaré de esa cautiva
 No, son armas contra mí.
 Yo misma le iré á buscar.
 Mas fuera mucha osadía.
 ¡Ah! ¡pero esta galería
 No va al jardín á parar?
 Es verdad que nadie la usa,
 Mas es causa en mi favor.
 Sírvame de excusa amor,
 Si es que la razon me acusa.
*(Busca una llave con la que abre una puertecilla
 secreta que habrá en el fondo, toma la lámpara
 y sale por ella volviendo á cerrar. La escena queda á oscuras.)*

ESCENA III.

ZELINA.

Zel. ¡Señora! ¡pero qué es esto?
 ¿Por dónde salió? Señora.
 ¿Si dormirá? . . . alerta mora,
 Procura ganar tu puesto.
 Alimenta tu esperanza,
 Que si á ella el amor la culpa,
 A tí el amor te disculpa,
 Que opuesto á su amor avanza.

(Vase dejando la puerta abierta y al mismo tiempo meten la llave en la galería. Al tiempo que por esta aparece Argentina con Genaro, aparece por la otra la mora con luz. Al verla Argentina cierra la puerta con precipitación, dejando á Genaro fuera. Quédanse mirando una á otra. Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.)

ESCENA IV.

ARGENTINA, ZELINA.

Arg. ¿Quién va?
 Zel. ¡Ah!
 Arg. ¿Quién te mandó
 Llegar sin que yo llamara?
 Zel. La luz temí que os faltara,
 Y entraba á doblarla yo.
 Arg. Toma, menguada, y aprende
(La da un bofetón y se le cae la luz.)
 Que yo soy quien manda aquí.
 Ea, despeja.
 Zel. ¡Ay de mí!
 Arg. ¡Fuera!
 Zel. Y ¡ay de quién me ofende!
(Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.)

ESCENA V.

ARGENTINA, GENARO.

Arg. Nada por fortuna vió,
 Y á no venir con tal tiento,
 Sorprende todo el intento;
 Pero diestra anduve yo.
 Pisad quedo, y evitad
 Que oigan por algun resquicio.
 Gen. Habéislo dado sin juicio,
 Señora, y sin caridad.
 Arg. Cien veces se lo advertí,
 Y como entré de rondón
 En tan precisa ocasion,
 Arrebatada la dí.
 Gen. Mirad
 Arg. ¿Defendéislo ahora?
 ¿Qué importa esa bofetada?
 ¿No está á sierva destinada?
 Pues que aguante á su señora.
 Mas vos quién sois concluyamos,
 Genaro tú, ¿con qué traza?
 Gen. ¿Nada aquí nos amenaza?
 Arg. Nada, seguros estamos.
 Gen. Lotario en Burgos está.
 Arg. ¡Dios mio! ¿en Burgos?
 Gen. Llegó hoy.
 Arg. ¿Y tú?
 Gen. Su escudero soy
 Como siempre.
 Arg. ¿Y dónde va?
 Gen. ¿Adónde ha de ir, señora,
 Sino adonde vos esteis?
 A no que vos le mandeis
 Que se vuelva con la aurora.
 Arg. No, no.
 Gen. ¿Le amais todavía?
 Arg. ¡Mas bajo por compasion!
 Sí, le amo en mi corazon,
 ¿Mas él?
 Gen. Con idolatría.
 Con intriga cautelosa,
 De vuestro padre ha logrado
 Venir á Castilla enviado
 De embajador de Tolosa:
 Y él, que ignora vuestro amor,
 En nuestro lazo ha caido
 Sin darse por entendido.
 Con sigilo previsor
 En Burgos hemos entrado,
 Sin que el pueblo se aperciba
 De nuestra oculta misiva,
 Y de veros me ha encargado.
 Arg. Pero ¡y Lotario?
 Gen. No osó
 Venir, que era necio paso,
 Sin saber si el tiempo acaso
 Vuestros intentos mudó.
 Arg. ¿Mudarlos? por vida mia,
 Sin maldecir la distancia
 Que me apartaba de Francia,
 No me dormí ningun dia.

Esta tierra me es odiosa,
 Y poco es Burgos, la España
 Diera por una cabaña
 En Roquefort ó en Tolosa.
 Allí mis memorias viven,
 Y allí mis dichas están;
 Allí mis suspiros van,
 Y allí alimento reciben.
 Gen. ¿Mas el conde cómo os trata?
 Arg. ¡Pobre! mis desvíos llora,
 Delira por mí, me adora,
 Y esto es lo que mas me mata.
 Tal vez por mis sinsabores
 Grave enfermedad le aqueja
 Que sosegar no le deja,
 Presa de agudos dolores.
 Yo, cuando á solas me quedo
 Con él, al verle llorar
 Lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
 Pero quererle no puedo.
 Yo no he soltado jamas
 Un gemido en su presencia,
 Mas él lee mi indiferencia
 En mi semblante quizas.
 El conoce, puede ser,
 Y así su dolor agrava,
 Que fuera alegre su esclava,
 Pero nunca su mujer.
 Lo entiendo, le pesa y llora;
 Yo le martirizo y lloro.
 ¡Ay! yo porque no le adoro,
 Y él porque lo ve y me adora.
 Tú que me has visto nacer,
 Tú en cuyos brazos mecida
 Pasé mi niñez florida,
 ¿Qué me aconsejas hacer?
 Ver á Lotario es mi anhelo,
 Hablarle, llorar con él
 ¿Será mi estrella tan cruel
 Que me culpe este consuelo?
 Gen. ¿Y quién os podrá culpar
 Tan justo y sincero empeño
 Si nadie se puede dueño
 De su corazon llamar?
 Cumplida nuestra embajada,
 Volverémos á Tolosa.
 ¿Una hora, pues, venturosa,
 Por qué os ha de ser negada?
 El muere por veros.
 Arg. ¿Sí?
 Gen. Su fanatismo, su gloria
 No es mas que vuestra memoria.
 Arg. ¿Conque se acuerda de mí?
 Gen. No se pasa un solo instante
 Sin que os escuche y os vea
 Allá en su escondida idea,
 En su desvarío amante.
 Y á tanto por vos se empeña,
 Que es, rayando en la locura,
 Por vuestro nombre, si jura
 Con vuestro nombre, si sueña.
 Tal vez guardó vuestra toca
 De vuestro amor por despojos,

Y aun la humedecen sus ojos
 Mientras la besa su boca.
 Arg. ¡Calla! que con tal pintura
 Mi corazon desfallece
 Y mi razon enloquece
 Con tan celestial ventura.
 El me amó, ¡y amedrentarle
 Imposibles no pudieron?
 ¿Y á mí vacilar me hicieron
 Hasta dudar de esperarle?
 Sal ya, secreto escondido,
 Del corazon que atosigas,
 Sal del alma en que te abrigas
 Temeroso y desvalido.
 Ya no eres vago deseo
 Sin ventura ni esperanza,
 Eres voz cuyo eco alcanza
 Mas allá del Pirineo.
 Ven, ven, Lotario, á mis brazos,
 Aunque se ofenda Castilla
 Y alce el conde su cuchilla
 Para hacerme allí pedazos.
 Gen. Pues bien pronto le verás.
 Arg. ¿Cuándo?
 Gen. ¡Mañana!
 Arg. ¡Mañana!
 Es tarde.
 Gen. De buena gana
 Fuera ahora, pero quizas
 Arg. ¿Qué temes? ¡Tú no has llegado
 Tranquilamente hasta mí
 Por esos jardines?
 Gen. Sí.
 Mas yo soy solo un criado,
 Un siervo de vuestra casa,
 Que os vió, Argentina, nacer,
 Y que no supo poner
 Al leal deseo tasa
 De abrazaros y de veros:
 Todo esto puede probarse,
 Y es cosa que perdonarse
 Puede á viejos escuderos,
 Mas á caballeros no:
 Que otras sospechas nacieran,
 Y si verdades salieran,
 No salvara él como yo.
 Arg. Pues bien, Genaro, es preciso
 Que yo le vea; no hay fuerza
 Que esta voluntad me tuerza;
 Iré yo, llévale aviso.
 Gen. ¿Vos con noche tan oscura,
 De este palacio salir?
 Arg. O viene él, ó yo he de ir.
 Gen. Que venga es menos locura.
 Arg. Que venga, pues.
 Gen. Pero sea
 Cuando todo esté sumido
 En el sueño, y advertido
 Ningun curioso lo vea.
 Arg. Sea.
 Gen. Yo os esperaré
 Con él en la empalizada
 En hora mas avanzada.

Arg. Yo de aquí os avisaré;
Y hasta que todo repose
Y retire del balcon
La luz, mucha precaucion,
Y nadie mostrarse ose.
Gen. ¿Y si hay algo que lo impida?
Arg. Te haré la hora avisar. (Llaman.)
¡Cielos, he oido llamar!
Huye de aquí, por tu vida.
Gen. ¿Si me habrán visto venir?
(Váse por la puerta secreta.)
Arg. Imposible; mas sal presto.
¿Cuál será el nuevo pretesto
De venirme á interrumpir?

ESCENA VI.

ARGENTINA, UN PAJE.

Paje. El conde os pide permiso
Para saludaros antes
De recogerse.
Arg. Si es esa
Su voluntad, dí que pase,
Que será bien recibido.
Paje. Pues vendrá al punto, esperadle.
(Vase.)

ESCENA VII.

ARGENTINA, ZELINA Y DAMAS.

Arg. Elvira, Diana, Constanza,
Arreglad mi vestidura,
Que pende de mi hermosura
Esta noche mi esperanza.
(Zelina, Elvira y Constanza arreglan los cabellos
y el traje de Argentina, la prenden flores, la
traen anillos que se pone, &c., &c. Zelina miran-
do por todas partes hasta que ve la llave puesta
en la puerta secreta.)
Zel. Aquí no está y no ha salido;
Mas no erré... llave hay allí.
Arg. ¿Qué murmuras tras de mí?
(Al volverse ve á Zelina que lleva la mano al car-
rillo.)
¡Hola! ¿conque lo has sentido?
Pues tanto la faz te duele,
Ve si te place ese anillo,
Y el escozor del carrillo
Ese rubí te consuele.
Y advierte que mil criadas
A piés juntillas quisieran
Que sus señoras las dieran
Anillos y bofetadas. (Le da uno y lo rehusa.)
¿Qué es eso?
Zel. Os pido perdon.
(Aparte.) ¿Qué valdrá el rubí en mi dedo
Si borrar con él no puedo
Mi afrenta del corazon?
Arg. Por Dios, criatura necia,
Que estoy con razon tentada

De dar otra bofetada
A quien el rubí desprecia.
Zel. Pues no tengo libertad,
Lo podeis á salvo hacer;
Mas que no pude escoger
Mi suerte considerad.
Arg. Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y dí á tu corazon
Que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.
Zel. Cantaré:
Mas quiera el cielo, señora,
Que la cancion de la mora
Mas sentimiento no os dé.
Arg. Arrepentida te quiero:
¿Mas quién llega?
Paje. El conde.
Arg. Abrid.
Zel. (¿Qué abatido está!)
Arg. Salid.
Zel. (Pero sanará: lo espero!)

ESCENA VIII.

EL CONDE, ARGENTINA.

Conde. Guárdete Dios, Argentina.
Arg. Conde, vengais en buen hora.
¿Cómo os sentís?
Conde. Bueno ahora.
Pues estoy cerca de tí.
Arg. Sentaos, tomad aliento:
Os cansa mucho el caballo.
Conde. Dicen los doctores que hallo
Alivio á mi mal así,
Y obedezco sus consejos;
Aunque en verdad no imagino
Que avanzo mucho camino
Con ellos en mi salud.
¿Y tú, cómo estás? ya ha mucho
Que en mi cuarto no te veo.
Arg. Mis visitas escaseo,
Y hago con esactitud
Lo que mandan los doctores.
Mi presencia os empeora.
Conde. ¿Argentina encantadora!
¡Ah! ¿no los creas, por Dios!
Tu presencia me es un bálsamo,
Que mis cuitas adormece;
Tu presencia me parece
Que mi salud trae en pos.
¡Oh bellísima Argentina,
Luz de mis ojos radiante!
Desde el fortunado instante
En que por dicha te ví,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza,

Que á la segura esperanza
De tenerte junto á mi.
De noche, allá en mis delirios,
Tu imágen se me aparece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Que hasta en tu sombra, Argentina,
Te adora mi corazon.
De dia ansioso te busco,
Y si en el jardin paseo.
Dichoso ademas me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni ves.
Mas tú entre tanto me esquivas,
Y sola, y triste, encerrada
Una tras otra jornada
En tu aposento te estás.
Algunas veces me han dicho
Que baña el llanto tus ojos.
¿Por qué, dí, son tus ojos?
¿Lloras tu patria quizás?
Arg. Tal vez, señor: de Castilla
Nacida en verdad muy lejos,
La razon ni los consejos
Bastar no podrán tal vez
(Os lo confieso con lágrimas)
A borrar de mi memoria
La melancólica historia
De mi dichosa niñez.
Conde. Pues bien, no quiero que nunca
Ni aun caprichos te se nieguen;
Dentro de un mes, cuando lleguen
Las puras auras de Abril,
Partiremos á Tolosa,
Verás otra vez al conde
Tu padre; sí, iremos donde
Quiera tu anhelo infantil.
Yo uniré á tí mi destino,
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa,
Y donde te plazca ve.
Yo iré contigo, y al lado
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora,
Y yo tu esclavo seré.
Arg. ¿Generoso castellano! (De rodillas.)
¿Cómo pagar tus finezas?
Conde. ¿De nuevo á llorar empiezas?
Arg. De gratitud, conde, sí.
Conde. ¿No te amo? ¡paloma mia!
En contemplarte, en quererte
¿Qué hago de mas, si la muerte
Me fuera dulce por tí?
Pero basta, alza, Argentina;
Veo que un pesar secreto
Te acosa; calla su objeto,
No quiero saberle, no.
Si tengo en su causa parte,

Quiero, Argentina, purgarla.
Necio fuera en preguntarla,
Debo corregirla yo.
Mas oigo en esta antesala
Rumor. . . .

ESCENA IX.

DICHOS, UN PAJE.

Paje. Vuestros caballeros,
Señor, y vuestros monteros,
Vienen orden á pedir
Para mañana.
Conde. Argentina,
Recíbeles tú; me siento
Cansado, y no tengo aliento
Sus cumplidos para oír.
¡Ay!
Arg. ¿Suspirais?
Conde. De fatiga.
Era tan terco el caballo
En que corrí. . . .
Arg. Si os obliga
El sueño. . . .
Conde. No, dulce amiga;
Mas perezoso me hallo.
Arg. ¿Quereis reposo?
Conde. No, á fé.
Que mandarás me pluguiera
A los pajes que ahí dejé,
Que apronten una litera,
Que volver no quiero á pié.
Húmeda la noche está,
Y es tarde, Argentina, ya,
Para cruzar el espacio
De los jardines, que va
A mi aposento en palacio.
Si en tanto no te desplace,
Oyera de buena gana
Esa que prodigios hace
Esclava mahometana.
Arg. Yo os la enviaré.
Conde. Que me place.

ESCENA X.

EL CONDE.

¡Ay de mí! tan cariñoso
Con ella y tan complaciente,
Tan rendido y cuidadoso,
Y ella siempre con su esposo
Tan fria é indiferente!
¡Siempre en su Francia pensando!
¡Siempre encerrada y llorando!
¡Maravilla es en verdad!
Mas si otro amor lamentando. . . .
¡Callad, sospechas, callad!
Dejadme, zelos, gozar
En esta ilusoria calma;
Sí, dejádmelo ignorar,
No hagais mas agria brotar